

# **Panamá. ¿Sin alternativas?**

**Polo-Cheva, Demetrio**

---

**Demetrio Polo Cheva:** economista y sociólogo panameño residente en Costa Rica. Asesor de organizaciones campesinas independientes.

---

El 15 de noviembre de 1992, algo más de 1 millón 800 mil electores tendremos la oportunidad de decir «sí» o «no» a la tercera reforma que se le hace a lo que es nuestra constitución número cuatro desde que somos república, o número veintidós si comenzamos a contar en 1821. El plebiscito es una trampa, porque la Asamblea Legislativa, dominada por la Democracia Cristiana, nos entrega un paquete sellado de 56 reformas, y el voto no nos permite estar a favor de unas y en contra de otras. La gran carnada es una proscripción post mortem: «Artículo 305: La República de Panamá no tendrá Ejército». El anzuelo lo constituye un conjunto bastante dispar de modificaciones. Algunas son poco más que maquillaje. Así, por ejemplo, la eliminación de cualquier referencia al «proceso revolucionario» en el Preámbulo y su sustitución por objetivos de «libertad, dignidad, bienestar general y justicia social» (para lo cual, desde luego, sería necesario realizar una tremenda revolución).

Muchos de los cambios son vericuetos legales, sin duda relevantes para el ejercicio de la «Justicia», pero demasiado especializados como para que lleguen a convertirse en tema de discusión popular. Otras reformas son importantes, pero a primera vista no parecen buenas ni malas: a la Contraloría General de la República se le limitan sus atribuciones al eliminarse el control previo que ejerce actualmente sobre el gasto público. El impacto de esta medida dependerá, naturalmente, de quien controle y quien gaste. Pero constituye un tema candente porque el Contralor General, «Chinchorro» Carles, ha utilizado su veto para recortar indirectamente varios presupuestos del área social mediante el recurso de retrasar burocráticamente las respectivas aprobaciones. Otra reforma sustituye la denominación San Blas por Kuna Yala, que es el nombre dado por los Kunas a su territorio. Seguramente no se hizo sin segundas intenciones para con los votos de los Kunas, un grupo que acostumbra votar en bloque a lo largo de sus intereses étnico-culturales y territoriales.

## ***Reforma inconvencional***

La posibilidad de una discusión a fondo de las reformas a la Constitución quedó entrapada inmediatamente en las redes de la campaña política para la nueva

elección de los poderes legislativo y ejecutivo a realizarse en mayo de 1994. La Democracia Cristiana quiere aprovechar el amplio apoyo popular a la proscripción del ejército para constitucionalizar una serie de reformas al sistema electoral y a la correlación de fuerzas entre los tres poderes, fortaleciendo el legislativo en detrimento del ejecutivo y poniéndole barreras a los abusos del judicial, con un espíritu similar al de los cambios constitucionales impulsados en países latinoamericanos por las derechas modernizantes. El sector más torrijista del Partido Revolucionario Democrático cuenta con poder transformar el amplio rechazo popular al actual gobierno en un «no» a la abolición del ejército y, con ello, a la monopolización de la defensa del canal por parte del ejército norteamericano. Sin embargo, el debate apenas comienza, y de aquí a noviembre pueden surgir sorpresas.

Disculpa que te interrumpa, pero ¿tú crees, realmente, que el plebiscito o las elecciones del 94 conmueven a mucha gente más allá de los que participan directamente en la contienda por una mayor o menor tajada de poder? Si la política es una gran porquería, hombre, un mundo de intrigas, componendas y traiciones, en el que la capacidad de mentir sin pestañear es una virtud. Y no sólo aquí. Recuerda que hace poco los ciudadanos norteamericanos colocaban a la política entre las formas más deshonestas de ganarse la vida. Hace unos meses tuvimos un encuentro de mi graduación de Colegio. 25 años después. Y uno de los compañeros constataba al final, «con orgullo y satisfacción», que todos los de la graduación son artesanos, profesionales o pequeños empresarios que viven de su trabajo; que ninguno de nosotros se metió a «político». Y la verdad es que estamos hartos, no hay opción decente. ¡Claro!, el problema de negarte a participar de la política es que tampoco te puedes salir de ella, porque esa sarta de bribones está permanentemente tomando decisiones que nos afectan a todos, sin que tengamos ni voz ni voto.

Mira tú el artículo 305: Panamá no tendrá Ejército. ¿Y acaso lo tiene? De lo que se trata seguramente es de evitar que se vuelva a formar un ejército. Pero a largo plazo eso no lo decide el pueblo. Si los políticos nacionales y los gringos consideran en otro momento que sí necesitan un ejército, pues le hacen otra reforma a la Constitución. O hacen como en Costa Rica y militarizan a la policía. Pero en todo caso, lo harán por razones internas y no porque realmente sea necesario para la defensa del canal. El diario La Nación de Costa Rica publicó el 1° de julio pasado un editorial en el que dice: «Los costarricenses ya hemos probado al mundo lo accesorio que resulta un ejército en países como los nuestros. Los panameños podrán darse cuenta muy pronto de que, sin la amenaza o la influencia militar, su precaria democracia podrá consolidarse». El editorialista de La Nación mistifica su democracia, pero en el fondo tiene razón. ¿A quién se le ocurre que el ejército de un país tan pequeño

va a estar jamás en condiciones de defender un punto tan estratégico contra cualquier potencia mundial ?

Y además, hay otra cosa que tampoco debes olvidar, la mayoría de los panameños podemos ser tan chauvinistas como el mejor; amamos a nuestro país y no nos gusta la bota yanqui. Pero todos los que tenemos edad para votar sabemos perfectamente que hasta hace poco Panamá tenía un nivel de vida muy por encima del resto de Centroamérica (y uno de los más altos de América Latina) gracias al canal, a las bases militares, al dólar. Yo creo que el canal ha sido para nosotros un regalo conjunto de Dios y del Diablo.

### ***Ocupación y soberbia***

Se ha repetido muchas veces pero sigue siendo igual de cierto: desde el primer cuarto del siglo XIX la historia de Panamá es ante todo la historia de un contradictorio esfuerzo por construir (o, según como se mire, por impedir la formación de) una nación independiente y soberana. «Panamá: algo más que un canal», «Panamá: mucho más que Noriega»... pero también «Panamá: historia de una crisis» y «Panamá: una crisis sin fin» son títulos de trabajos escritos por panameños intentando contrarrestar clichés y definir una nación inconclusa.

Dada su posición geográfica, Panamá constituyó siempre un codiciado botín para toda potencia con pretensiones hegemónicas. Más aún en los tiempos no tan remotos en que las guerras se decidían en los mares. Y tratándose de un territorio tan pequeño, relativamente despoblado, con una economía basada en el sector terciario y excepcionalmente abierta, los grupos dominantes locales sólo supieron liberarse de un yugo acudiendo a la protección de otro.

El hilo conductor de la política panameña durante el siglo XIX es un frustrado esfuerzo por independizarse y/o por constituir un Estado federal con amplios márgenes de autodeterminación dentro de las fronteras de lo que terminó siendo Colombia. Finalmente, en 1903, a un año de la derrota de los liberales en la Guerra de los Mil Días, la independencia sólo fue posible con el apoyo brindado por los acorazados norteamericanos. Desde entonces, el problema de los sectores dominantes nacionalistas ha sido cómo liberarse de la tutela/intervención norteamericana sin prescindir de su paraguas militar y económico.

Esa ambivalencia, en realidad, no es exclusiva de los «dueños del país». Ella forma parte de la ideología dominante y se reproduce claramente en la invasión del 20 de

diciembre de 1989 y sus secuelas. Para una gran mayoría de los panameños, la intervención estadounidense fue, cuando no una acción digna de aplausos, al menos un mal necesario: la única posibilidad de salir del callejón sin salida cada vez más asfixiante que era la «narcodictadura» encabezada por Noriega y ahogada por el bloqueo norteamericano. Pero los gringos no se contentaron con sacar al «hombre» que ellos mismos habían puesto. También asesinaron a más de tres mil panameños; dejaron miles de huérfanos traumatizados; le causaron al país daños materiales por un monto superior a los 4.000 millones de dólares (incluyendo las «sanciones económicas» previas a la invasión) y, para colmo, de la ayuda económica prometida no llegaron más que un par de migajas. Al contrario, los depósitos del Banco Nacional de Panamá en bancos norteamericanos, congelados durante el bloqueo económico, fueron descongelados bajo la condición de que parte de ellos fueran utilizados inmediatamente para empezar a pagar la deuda externa. Ante la creciente «decepción» y mirando hacia las elecciones del 94, incluso los demócrata-cristianos consideran ahora necesario colocarse a distancia de los invasores y publican un número de su revista Momento con el titular: «Bush en Panamá: una visita inoportuna».

No. Me parece que la cosa es un poco más complicada. Es cierto que el ser panameño es un elemento importante de nuestra identidad personal y colectiva. Pero eso de que la lucha por la nación es el eje de nuestra historia me suena muy teórico. Claro que sentí una profunda satisfacción cuando vi al prepotente y asesino de Bush salir del centro de nuestra ciudad con lágrimas en los ojos, el rabo entre las piernas y sin haber podido pronunciar una sola palabra. Pero esos momentos son estrellas fugaces, como los partidos de béisbol cuando gana tu equipo favorito. Y no todos piensan igual. Para mucha gente eso fue una malacrianza. Otros están preocupados porque semejante bochorno sólo sirve para reducir la probabilidad de que la ayuda económica gringa llegue algún día. Alguien dijo que la cultura panameña sufre de un «síndrome fenicio»: Business is business. ¿Que cuántos piensan así, y cuántos asá? Yo diría que fifty-fifty.

Una «cuestión nacional» que sí preocupa a muchos es lo que va a pasar con el canal. Estamos a poco más de siete años del 2000 y existe una gran desconfianza sobre la capacidad de nuestros partidos políticos para manejar con seriedad y eficiencia una empresa tan vital para el conjunto de la economía nacional. No es que Panamá no tenga técnicos y administradores eficientes y preparados. De hecho los norteamericanos comenzaron hace más de veinte años a preparar personal nacional. El riesgo percibido es que el canal vaya a ser manejado con criterio político por gobiernos corruptos e ineficientes. La mal llamada «élite obrera» del canal está pre-

ocupada por conservar sus salarios, planes de jubilación, etc. Algunos han manifestado claramente su deseo de seguir siendo empleados del gobierno de EEUU más allá del 2000. En una encuesta reciente (realizada por Dichter & Neira y publicada por el diario La Prensa) el 62,6% de los entrevistados opinó que Panamá no estará preparada para administrar eficientemente el canal en el 2000. Lo cual es coherente con la percepción generalizada (80,1%) de que a las áreas revertidas (áreas devueltas a Panamá como parte de los Tratados Torrijos-Carter) no se les está dando el uso debido. A la pregunta «¿Es saludable para el país que permanezcan las bases norteamericanas después del año 2000? un 58,4% de los encuestados dijeron «sí» y solamente el 27,8% respondió «no».

### ***Una expectativa satisfecha***

Explicar a Panamá no es lo difícil; lo difícil es entenderlo. La soberanía no es un fin en sí mismo. Interesa si nos trae beneficios económicos. Hay demasiadas aves de rapiña esperando agazapadas. Tú tienes que entender que el problema que realmente domina nuestras vidas es el pan nuestro de cada día. Que para algunos puede ser, claro, el manjar nuestro de cada día. Pero la realidad es que los ricos tampoco están contentos. Mira lo que nos está pasando: según el Departamento de Nutrición del Hospital del Niño, en estos momentos más de la mitad de la niñez panameña sufre de desnutrición aguda y, en muchos casos, crónica; el desempleo y subempleo andan alrededor del 40% de la PEA; y los que tenemos empleo vivimos en zozobra porque sabemos que al menor descuido hay cientos de personas esperando para remplazarnos por un salario inferior al que percibimos actualmente. La criminalidad ha aumentado pavorosamente: según la Oficina de Relaciones Públicas de la Policía Técnica Judicial, en la capital se comete un delito cada 15 minutos; el cólera anda haciendo estragos sin que el sistema de salud pública, totalmente deteriorado, pueda hacerle frente.

El rechazo al gobierno de Endara no es tampoco una manifestación de nuestro «natural antiimperialismo». Eso es lo que sueñan las izquierdas. En la misma encuesta mencionada arriba, el 53,4% de los encuestados respondió que «en el fondo el panameño no es antiyanqui». La impopularidad de este gobierno no se debe a que hayan sido las fuerzas de ocupación norteamericana quienes lo colocaron al frente de la cosa pública. Pues, aunque en 1989 el voto fue en realidad un voto anti-régimen y no un voto a favor de su programa de retorno al pre-Torrijismo, todo mundo sabe que la ADOC ganó las elecciones por un amplio margen. Lo que muchas personas reclaman es que este gobierno no sabe gobernar. A principios de 1990 Endara tenía una popularidad que llegó al 80%; hoy nadie lo toma en serio.

La gente sufre y protesta contra las medidas económicas. Pero eso tampoco es sinónimo de que lo estemos «acusando» de subordinar su política económica al dictado de los gringos y a las instituciones financieras internacionales (IFIs). Simplemente porque las alternativas brillan por su ausencia. Si hasta los grandes de América Latina tienen que doblegarse, cómo no lo vamos a tener que hacer nosotros que somos un país pequeñísimo y ocupado militarmente por los gringos desde 1904. Pero aquí lo que hay es un gran desorden, ineficiencia y corrupción a todos los niveles del aparato de Estado. Incluso el fracaso de la visita de Bush, mucha gente lo ha tomado simplemente como una muestra más de la total ineficiencia e inoperancia del gobierno.

Las únicas expectativas que el gobierno de Endara ha logrado satisfacer con relativa eficiencia son las del Banco Mundial/Fondo Monetario. Billy Ford, segundo vicepresidente y ministro rector del área económica, se puso una meta clara: «el pago de la deuda externa es la condición necesaria para lograr la estabilidad financiera y crear las condiciones para que Panamá sea reconocida internacionalmente como un país sin riesgos económicos y financieros». Ford logró normalizar sus cuentas con el Club de París (39,9 millones de dólares), pagó los 490,6 millones correspondientes al servicio corriente de 1990 y 1991, y canceló la totalidad de la deuda morosa con las IFIs: 540 millones al 31 de diciembre de 1989, que al momento de ser cancelados se habían convertido en 645,8 millones de dólares. Para ello el ministro Ford utilizó dos donaciones (130 millones de EEUU, más 3 millones de Francia), un préstamo puente por 143 millones y, para los restantes 900,3 millones (77% de los desembolsos), recursos nacionales.

Al igual que en cualquier otro país latinoamericano, lo que está sucediendo hoy en Panamá no se entiende sin tomar en cuenta el impacto del «ajuste». Y es obvio que gran parte de los problemas sociales que agobian a la población panameña se debe a la descapitalización del país que significaron los pagos realizados por el ministro Ford. Las medidas son idénticas, el impacto social muy similar. Lo que cambia es la capacidad de los diversos grupos de interés económico (industriales, comerciantes, exportadores, sindicatos, etc.) y del movimiento popular en general para frenar, postergar o negociar la velocidad y alcance de las medidas.

En Panamá los industriales están preocupadísimos por la aparente irreversibilidad de la desprotección a la producción nacional; los sindicatos no están seguros de poder detener el desarrollo de las zonas francas y el fomento a las exportaciones no tradicionales vía devaluación de la fuerza de trabajo; los empleados públicos tienen la esperanza de que el período pre-electoral retrase el despido masivo; los inversio-

nistas nacionales se quejan de que el proceso de privatización de las empresas estatales es lento, engorroso y sesgado hacia las ofertas extranjeras.

### ***Favorito y ausente***

Sin embargo, observamos en nuestro país el interesante fenómeno de que Ford, el padre del ajuste, es a la vez el tercer nombre más mencionado para una candidatura presidencial en el 94. Ese lugar, empero, se lo ganó (según la última encuesta realizada por Dichter & Neira, publicada en La Prensa del 24 de mayo de 1992) con sólo el 8% de los votos. Porque la gran mayoría de los panameños no tiene preferencia alguna (45,3%) o prefiere abstenerse (19,9%). La debilidad del gobierno de Endara no ha conllevado un fortalecimiento de los partidos tradicionales que hoy integran la oposición parlamentaria. El partido mayoritario de las elecciones de 1989, la Democracia Cristiana, no ha ganado, sino más bien perdido credibilidad tras su virtual expulsión de la coalición gubernamental en abril de 1991. La última encuesta le dio un escaso 10,5% de los votos. Muy cerca, por lo demás, del PRD (8,5%), un partido aún desprestigiado por su identificación con la corrupción y prepotencia del depuesto régimen militar, pero que es el único partido tradicional que realiza un trabajo de defensa local de los intereses populares a través de sus líderes y comités de base.

El gran favorito es el gran ausente: Rubén Blades, cantautor y doctor en Derecho por la Universidad de Harvard, residente en los Estados Unidos desde hace varias décadas, llegó a Panamá para inscribir con asombrosa facilidad su movimiento Papa Egoró (Madre Tierra en lengua indígena) y regresó a EEUU para terminar compromisos adquiridos como productor y actor de cine.

Otra novedad en la arena política es el partido «La Misión», una iniciativa de las sectas protestantes fundamentalistas que también logró recoger rápidamente las firmas necesarias para inscribirse como partido político. Probablemente fue la sorprendentemente rápida y fácil conformación de estas nuevas opciones políticas lo que llevó al más influyente columnista nacional a afirmar que ante la estupidez de los partidos tradicionales (tanto en el gobierno como en la oposición) en el 94 tendremos que escoger entre fanáticos fundamentalistas o un poeta y bohemio asesorado por idealistas que ya fracasaron como asesores en Nicaragua. Tratar de quitarle autoridad política a Blades por el hecho de que sea un artista no es más que una forma barata de antipropaganda. Después de todo, si un actor mediocre pudo ser dos veces consecutivas presidente de los Estados Unidos, ¿por qué no puede un buen «poeta y bohemio» ser presidente de Panamá? Lo de los asesores idealistas es

una alusión al secretario nacional y cabeza visible del Movimiento Papa Egoró en Panamá, el sociólogo Raúl Leis, conocido por los lectores de esta revista.

Sin embargo, si para mucha gente Blades peca por radical, para otros su movimiento es aún demasiado ambiguo. Según palabras del propio Blades «No es que evada la respuesta... uno dice que está en la izquierda y te dicen, bueno, en la izquierda están tales y cuales. Nunca fui comunista, simplemente porque el comunismo como doctrina nunca me convenció. Porque había problemas de libertad. No creo en espíritus sujetos a dogmas... Ya ves lo que está ocurriendo ahora en los países de Europa del Este. Allí va a surgir una tercera posición, que va a utilizar ciertos modelos de mercado que funcionan a nivel mundial, pero también se van a mantener las fórmulas socialistas que deben atender las necesidades de quienes no tienen la misma fuerza, la misma posibilidad, la misma fortuna. Yo creo que viene surgiendo una nueva forma de socialismo, mucho más fuerte, mucho más justo, mucho más humano. Y es allí donde quiero encontrarme yo».

La gran esperanza de los dirigentes de Papa Egoró es construir un movimiento que aglutine y encauce electoralmente las luchas dispersas de los diferentes sectores y movimientos populares uniendo, como dice Raúl Leis, las tres dimensiones de lo nacional, lo democrático y lo popular, dentro de un marco latinoamericano. Sin lugar a dudas una tarea difícil, porque se trata de tres dimensiones que tomaron caminos distintos en los últimos 22 años de nuestra historia: el nacionalismo alcanzó su expresión más efectiva bajo el liderazgo de un régimen militar; la democracia (formal al menos) se reinstaura con la entrada de los aliados del imperio del Norte. Un hecho que dividió y dejó sin opciones al movimiento popular.